



Revista de Estudios Sociales

ISSN: 0123-885X

res@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

Téllez, Freddy
Mi biblioteca y yo
Revista de Estudios Sociales, núm. 7, septiembre, 2000, p. 0
Universidad de Los Andes
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81500708>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Mi biblioteca y yo

Freddy Téllez*

*Ante todo, mi querida Lou, la antigua, profunda y cordial
solicitud: ¡Devenga usted quien es!
Nietzsche a Lou von Salomé, agosto de 1882.*

*¿Es mi culpa si he asimilado la consecuencia necesaria
de la afirmación
de Lutero, pues Dios es Dios y yo soy yo?
Ladislav Klima.*

No me acuerdo ahora cuándo recibí de niño mi primer libro. Sólo me veo leyendo en Buenos Aires el *Juan Moreira*, cuyas "cuitas" me impresionaron más que las aventuras de *Michael Strogoff*, si juzgo por la temperatura del recuerdo, más que por la precisión de las imágenes o la historia. Pues, en realidad, de ambos libros conservo con nitidez más bien los rasgos externos: hechos ambos con la misma carátula de color crema y encuadrado rectangular en líneas netas, señal de que pertenecían con seguridad a la misma colección. Y, claro, de la editorial ya no me acuerdo. Esos son datos de adulto.

Pero si reviso hacia atrás mi propia memoria se me viene a la cabeza el esfuerzo empleado para tener mi primer libro. Tenía unos once o doce años y era un apasionado de... Superman, como cualquier otro niño. El volumen en cuestión tenía todas las apariencias de un libro: reducido, grueso y compacto, porque, creo, era una recopilación de aniversario de las historietas tradicionales, presentadas por lo general en la forma delgada, amplia y ligera de las revistas. La cosa es que cada vez que pasaba por la vitrina de la tienda que lo vendía (y trataba de pasar por ahí cada vez que se me presentaba la oportunidad, forzándolas, incluso), me detenía ante el vuelo aventurero y eterno del personaje de la carátula: ¡Superman en persona!

Si el recuerdo no me traiciona, el libro costaba 5 pesos de la época, lo que supongo era un precio normal, salvo para un niño. Quiero decir que sólo un adulto compra libros, porque sólo un adulto posee dinero. Ese era, pues, mi problema: ¿cómo adquirirlo por mi propia cuenta? Para salir del atolladero, le propuse a mi madre un trato: por cada "mandado" hecho, ella debería pagarme 20 centavos. Esa fue la primera vez que me convertí así en un asalariado. Furioso y convicto, debería agregar, pues no cesaba de preguntarle cada cinco minutos si no quería "mandarme" a

hacer una compra. No sé cuántas veces por día corría de la casa a las tiendas aledañas por un sueldo irrisorio, ¡pero altamente rico en promesas! Y en cada ocasión intentaba darme una vueltecita por la vitrina prometedora, pues más que correr, volaba.

Sin embargo, por más que volara y volara, no alcanzaba a reunir con la rapidez deseada la suma apropiada. Me parecía que nunca iba a lograr la meta y me pasaba el tiempo contando ruidosamente las monedas. Sería tal vez por eso que uno de esos días, mi hermano, quien ya trabajaba, me preguntó de sopetón por el precio del libro, y sin pestañear, y para mi enorme sorpresa, se metió la mano en el bolsillo y me dio el dinero.

"Toma. Anda y cómpratelo".

¡Pfiiuuu! (Ruido que hice al salir volando en dirección de la tienda).

Así fue como comencé a tener una biblioteca. Aunque, claro, para eso pasaron aún muchos años. Quiero decir que mis libros de la época nunca dieron origen a una estantería fija, pues el Superman, como cualquier otro de los volúmenes que tuve en ese entonces, fue digerido y cambiado por otros. No podría decir si seguía en eso el modelo de mi padre, quien tenía en su mesa de noche una pila de "vaqueros" y policiales que, sin remuneración salarial, *me mandaba* cambiar en el mismo lugar donde encontré volando a Superman en la vitrina.

Acaso por eso debería corregirme y decir que mi primera biblioteca fue compartida, ya que la pila de mi padre era también mi propia pila. Salvo el Superman, Batman, Capitán Maravilla, Patoruzú y otros por el estilo que me preguntaba yo por qué mi padre no leía, o los Dale Carnegie y Selecciones del Reader's Digest que no sé por qué yo no leía. El caso es que la pila, especie de biblioteca vertical, era como el río de Heráclito: siempre igual pero cambiante.

De todos esos montones de libros leídos, entre caballos que corren, indios que caen, gángster acibillados, detectives en gabardina y cigarrillo en boca, no me ha quedado sino un sólo recuerdo. El de un personaje altamente enigmático a mis ojos, aunque detective *vulgaris*, que abofetea a una mujer por haber osado tocarle el sexo mientras conducía (¡?). Supongo que releí ese párrafo hasta el agotamiento, pero sin entender nada. No podía comprender que un acto tan deseado por mí mismo, pudiese, o debiese incluso, ser reprimido. Era algo que superaba sencillamente mi recto entendimiento.

* Licenciatura en Filología romántica, Ph.D. en Filosofía bajo la dirección de Francois Chatelet, profesor de la Universidad Popular de Lausanne, Suiza.

Y ahora, por asociación, se me viene otro recuerdo todavía más misterioso. Está en relación con unos folletines ilustrados, algo así como novelas a base de fotos y de los cuales no podría mencionar su origen. Imagino que hacían parte de la biblioteca vertical de mi padre, o tal vez yo mismo los escogí por eso de las imágenes. No sé. Lo único que podría decir con certeza es que en una de esas lecturas me puse a llorar desconsolado, sintiendo una opresión incómoda en el pecho, una desazón de rabia y desagrado que se presentaba cada vez que me confrontaba a lo leído. Se trataba de una situación inenarrable entre un hombre y una mujer, algo que superaba de nuevo mi entendimiento infantil, pero que poseía una fuerza bruta y opresora. Algo ocurría entre esos dos seres, y si no me equivoco, era algo en desmedro de la mujer. Creo que el dolor sentido provenía de un exceso de identificación, quizá, con la persona desfavorecida. De ahí la rabia. Pero algo más había, algo melifluido y oscuro adherido a la situación, y que me hacía sentir un profundo desagrado. Es todo lo que puedo decir. Esa fue pues mi primera y única caída en el universo rosa y pachulí de los folletines baratos, y de los cuales no podría decir, visto el efecto, que no posean impacto ni eficacia.

En esos dos ejemplos me confronté por primera vez, y en toda su amplia y misteriosa extensión, con el fondo inagotable de la sexualidad. Eso que me hacía detenerme con una curiosidad inaprensible ante todo lo que tocara ese dominio, ya fuese incluso de la manera más tangencial. Y no estoy muy lejos de la verdad si afirmo que fue de ese profundo fondo que surgió mi decisión de escribir.

Comencé a hacerlo en la clase de matemáticas de mi primer año de bachillerato. Había caído entre mis manos un libro pornográfico que ilustraba los relatos con fotos de personas enmascaradas, y entreverados en todo tipo de posición, sexual. Fue como una explosión, pues algo en la sencillez mecánica de las historias me condujo a decirme "eso yo también lo puedo hacer". Así, entre las explicaciones de trigonometría y cálculos incomprensibles para mí, empecé a escribir en un cuaderno una especie de copia confusa del mismo libro, emparentándome por la intención con Borges y Pierre Menard a la vez. El acceso a la escritura, si así se me permite decir, coincidió entonces con mi salida simultánea e irreversible del dominio de las matemáticas. Y si no perdí la materia fue porque ese primer impulso de escritor novato fue bruscamente interrumpido por mi madre, quien descubrió el

cuaderno y pegó, como se dice y con todas las connotaciones del caso, el grito en el cielo,

"¡ ¡Cómo!! ¡ ¡Qué horror!! ¡ ¡Qué cosa es ésta!!"

"¿Eso es lo que usted está aprendiendo en el colegio?" Eeeh, no, mamá, no tengo nada que ver con eso,

-le respondí confuso y señalando con un dedo acusador el cuaderno incriminado.

Creo que con una cobardía comprensible a medias le eché la culpa a un anónimo compañero de clase y, para convencerla, le arranqué de las manos el cuerpo del delito y lo boté al fuego de la estufa de carbón que ardía purificadoramente en la cocina.

Pasé entonces los exámenes de matemáticas para demostrar mi inocencia, mientras postergaba de manera indefinida mis incursiones privadas en la escritura. Y estoy casi seguro de que si poco después pasé a la poesía "comprometida", esa otra forma de sublimación desenmascarada, fue acaso para continuar haciéndome perdonar el pecado de haber osado mostrar sin tapujos el desbordamiento de mis deseos.

Por el momento, entonces, leía pues los libros de otros, a falta de escribir uno propio. Lo que no significa que empezaba a construir con paciencia una biblioteca, sino que iniciaba el proceso de independencia ante la pila de cabecera de mi padre, a la par que me distanciaba de mis héroes voladores y asexuados de mi infancia. La primera biblioteca pública que frecuenté asiduamente pertenecía al colegio donde terminé mi bachillerato. Fue mi época de ingreso al marxismo, hacia mediados de los años sesenta, que me llevó a la lectura desordenada de obras políticas; aunque la palabra "obras" es con seguridad demasiado grande, pues lo que leía no pasaban de ser modestos folletos de propaganda. Es muy probable que mis primeros libros acumulados no hayan sido libros, sino folletos. Pero no estoy seguro.

Me pregunto ahora si algo de la fragilidad y el ordenamiento determinado de los volúmenes no tiene mucho que ver en la constitución de una biblioteca. Me refiero a que con los folletos pasaba lo mismo que con los vaqueros y policiales de mi padre; se acumulaban de la mala manera: a la vertical y transitoriamente. En todo caso, el primer recuerdo de un ordenamiento horizontal de libros tesorizados por mí mismo se remonta a la época en que vivía con mis padres en un cuarto reducido del centro de Bogotá. Período de vacas flacas, sin duda. Hecho curioso, ¿no? No tenía cuarto propio, sólo una biblioteca. Bueno,

debo ser modesto, porque en verdad se trataba de una simple hilera de pocos volúmenes haciendo fila unos contra otros; encima de un mueble, de un armario bajo que contenía ropa, esqueletos desanimados de los cuerpos con libros arriba, cual cabezas tronando ya desde las alturas aristocráticas de la racionalidad hecha páginas y letras.

Mi independencia pasaba así por los libros, por la cabeza, antes que por el espacio adquirido: característica neta del intelectual ¿verdad? Además, entre esos volúmenes ordenados horizontalmente había libros de Freud, lo que hacía subir mi sexualidad del nivel bajo de la pornografía imitativa a lo Pierre Menard, al estado superior de la sublimación culta y reconocido por la ciencia. Por lo demás, el otro paso imperceptible e inconsciente que se había realizado en la geografía de mi cabeza y de mi cuerpo, paralelo a la constitución de mi biblioteca, consistía en la cierta desvalorización de la escritura llamada de ficción. Quiero decir, en la cierta compresión hacia abajo, en el cierto olvido (en la *Verdrängung*, diría Freud) de mis inicios "novelescos" que representó aquel primer acto mimético de escritura pornográfica. Entraba así en el dominio riguroso, ascético, serio y reprimido de la Teoría, en desmedro del juego danzarín, abierto y liberado de lo novelesco y lo ficticio. Mi cabeza reinaba pues sobre mi cuerpo, desanimado y hambriento como la ropa colgada en el interior de mi "biblioteca" improvisada.

Ese último año de bachillerato fue muy importante para mi biblioteca, y en mi vida. De mi pequeña hilera de libros que adornaban el armario, pasé a mi primera estantería seria. Entre tanto nos habíamos mudado, mis padres y yo, frente al cementerio, con vista a las tumbas, pero a un apartamento finalmente, es decir, metros cuadrados de más, incluso si no eran muchos. Tenía cuarto propio, estantería propia, libros propios y había pasado el examen de ingreso a la universidad: la vida me sonreía, definitivamente. Además, las vacas habían empezado a engordar un poco, para mis padres, hasta tal punto que a veces podía invitar a comer a Álvaro Rayad, mi amigo entrañable de la época, y quien se debatía con una hambruna crónica desde que había abandonado su ciudad natal para estudiar en la misma universidad que yo, aunque en otra facultad.

Sin embargo, las vacas no estaban tan gordas como para haberme permitido pasar de una simple hilera de libros a cuatro o cinco estantes llenos, más o menos. Ese paso de gigante en tan poco tiempo se lo debía, y que los dioses se lo agradezcan por una eternidad, a otro amigo, igualmente entrañable, pero más fugaz, porque poco después nunca lo

volvería a ver, comido por la jungla de Nueva York adonde había decidido viajar para estudiar bellas artes. Juan Julián, así se llamaba, trabajaba en la enorme librería Buchholz de la Avenida Jiménez, y era poeta. Poeta "mefítico", según la auto denominación que se había dado un pequeño grupo de escritores en ciernes, y al cual él pertenecía. Entre Dada y Nadaísmo, Juan Julián, con una cabellera desordenada y tupida y un sombrero a lo Rimbaud, paseaba su figura escuálida y alta por entre los cinco o seis pisos de la librería. Trabajaba en el mezzanine, pero buscaba libros interesantes en otros departamentos para después "sutilizarlos" en un largo abrigo lleno de bolsillos, o para dárselos a los amigos que apreciaba en particular. Yo era uno de ellos, por fortuna. Además, Juan Julián veía que yo estaba demasiado absorbido por los folletos políticos. De vez en cuando, entonces, me pasaba un libro clave, más duradero, digamos. Baudelaire, Rimbaud, claro está. En fin, a él le debo en parte la apertura poética de mi pequeño universo, y el enriquecimiento considerable de mi biblioteca inicial. Y al señor Buchholz, naturalmente y aunque contra su propia voluntad. Pero que en paz descanse y que me lo perdone. Bien que debería hablar en plural, ya que los que "nacionalizábamos" libros en una de sus librerías de la ciudad, éramos varios, quizá legión. Es decir, era tan fácil hacerlo, que me cuesta trabajo creer que no lo hiciera todo el mundo, aunque con esto sólo muestro mi falta de protestantismo moral.

Vielen Dank, Herr Buchholz und bleiben Sie mi Paradies gesund!

Esa primera biblioteca dejó de crecer ahí. Un día, muy poco después de terminar mi primer año de universidad, la metí entre cajas (acto éste que iría a repetir cantidades de veces más tarde), y me fui. Me había conseguido una beca para continuar mis estudios en Alemania del Este. Antes de dejárselas a algún familiar, metí en un pequeño maletín, junto con dos o tres kilos de café y otras cosas que ya olvidé, tres volúmenes precisos, especies de concentrado precioso de su espíritu. Si hubiera dependido sólo de mí, me los hubiera llevado todos, incluida la estantería. Pero, si no me llevé más, cosa que después de todo hubiera podido hacer, dejando, claro, los estantes, fue porque seguía en eso el consejo de alguien que conocía la mal llamada República "Democrática". "Allá conseguirás todo lo que quieras en materia de libros e impresos", fue su sanción de especialista.

Los tres volúmenes que no perdoné del olvido inmediato eran mi Biblia de la época, oh vergüenza. Los había comprado (repito: comprado) con mucho esfuerzo y los estaba leyendo y releendo con la típica estupidez de todo creyente. Estaba además muy orgulloso, ya que era mi primera lectura en un idioma extranjero. El autor se llamaba Louis Althusser, nombre que tal vez hoy ya no dirá nada al lector. Pero en esos días sí, pues la enorme mayoría de la joven intelectualidad de izquierda se estaba convirtiendo poco a poco, y con la boca abierta y el cerebro dormido, en fervientes adoradores de sus elucubraciones teóricas. Yo mismo había escrito ya una reseña de su pequeño libro sobre Montesquieu, anterior a esos tres libros "culto" (me refiero a *Pour Marx y Lire le Capital* en dos tomos) y donde llegaba a ser más althusseriano que el mismo Althusser. Sólo años más tarde, con más bagaje en mi experiencia y más ideas en mi cabeza, pude liberarme de su influencia. Sin por ello independizarme de la religiosidad de la creencia, pues pataleaba como un idiota en las aguas turbias del militatismo redentor, del satanismo inconfeso de los "mejoradores del mundo", trotskismo sabelotodo, leninismo exterminante y otras espesas salsas de la certitud inamovible.

Subí al avión en Bogotá con el concentrado tripartito de mi biblioteca, mis 21 años y una maleta con lo necesario para introducirme en una nueva y decisiva etapa de mi vida: etapa europea. Sabía decir sólo "*guten Tag*" y "*Aufwiedersehen*" en alemán, leer en francés y mascullar tres o cuatro frases en un mal inglés. Poco importaba, por lo demás, pues lo esencial bullía en el mudo latir de mi pecho, y éste me decía, con la maravillosa inconsciencia ante lo desconocido: ¡fuerza canejó, haz tu vida! Nunca olvidaré la expresión de sorpresa de Alain Touraine, pasajero del mismo vuelo y al cual me había acercado para decirle que había escuchado días antes sus conferencias en la universidad, cuando supo que yo emprendía un viaje de cinco años, al menos.

"Cíiiiincoooo aaaaños", repitió alargando las vocales ante el asombro, mientras se acariciaba el rostro con una mano detenida.

Me sonreí incómodo, sin poder adivinar bien la causa de su estupefacción.

Llegué al aeropuerto de Tempelhof en Berlín oriental, después de dos cortas escalas: en París, donde no podía bajarme para no perder el crédito con el que mi padre había adquirido el pasaje, y en Ámsterdam, donde la enormidad del lugar me impresionó. Pensé vagamente que algo ocurría,

porque los empleados gesticulaban en un alemán incomprensible. También, porque me hicieron esperar horas enteras hasta que llamaron a la universidad de Leipzig para verificar la realidad de mi beca, supe después. Pero fue sólo a medianoche, al aterrizar en esta ciudad, que me di cuenta de que había perdido todas mis maletas. Es decir, oh miseria, el concentrado esencial de mi biblioteca. Me sentí desnudo, desamparado, analfabeta. Para animarme, me puse a hojear, con curiosidad de bibliotecario, los tomos de las obras de Marx y Engels expuestos en un lugar del mismo aeropuerto. Extravagancia maravillosa, posible únicamente en Alemania del Este.

Las maletas se habían perdido en Ámsterdam: me enteré días más tarde con la ayuda de una intérprete que sería mucho después mi futura esposa. Al recibirlas, encontré intactos los tres volúmenes preciosos de mi biblioteca, pero no el café que los acompañaba olorosamente. Poco me importó esa pérdida: nada nacionalista, como siempre he sido. Los tres volúmenes de Althusser me permitieron recuperar el aliento que las primeras visitas a las librerías de Leipzig habían comenzado a quitarme poco a poco, y que las futuras incursiones a las bibliotecas me quitarían del todo. Me refiero a la censura drástica que rodeaba "todo lo impreso", para emplear los mismos términos de la persona que me había impedido traerme más libros: mi especialista tendencioso. Me había bastado poco tiempo para saber que en las librerías no se encontraba ni uno sólo de los autores que pensaba leer una vez atravesado el Atlántico, y que si figuraban en los ficheros de las bibliotecas públicas era para mejor ocultar el hecho que *no se los podía leer del todo*.

En las librerías no se podía conseguir en absoluto ninguna edición proveniente de occidente, sólo traducciones del ruso. En su mayoría, los estantes mostraban ejemplares repetidos e interminables del mismo libro, como si una enfermedad contagiosa hubiese eliminado la diversidad de las carátulas, uniformizándolas bajo moldes compactos y escasos. Y en las bibliotecas, los ficheros eran un muestrario de códigos establecidos que indicaban, sin decirlo de forma explícita, pues había que saber descifrarlos, si el libro podía ser o no leído. Lo que hacía que algunos autores y títulos constituyeran el ejemplo perfecto de una absurdidad "totalitariamente típica": existir y no existir al mismo tiempo. Manera real y altamente siniestra de corroborar los malabares de la dialéctica de Hegel y Marx, especie de Padres de la Patria.

El día que me di cuenta de esa situación, supe que el Muro, que ya me había impresionado al atravesarlo,

constituía una realidad mil veces más insidiosa, sibilina, repugnante y compleja, de lo que cualquiera pudiese imaginar. Y con el tiempo iría a descubrir cosas todavía más impactantes. Pero, desde ese momento vi que ese bloque de concreto que dividía zonas enteras y palpables de la ciudad, invadía imperceptiblemente todo lo largo, ancho y ajeno de la realidad inaparente y virtual. Durante los cuatro o cinco años que pasé en ese país, no dejé de sentir ni un solo instante la curiosa sensación de estar viviendo una situación descabellada, más allá de todo entendimiento, de toda racionalidad. Era como si viviera en las entrañas de un monstruo, algo así. Mi diafragma, mis centros nerviosos, mi cabeza, todo se sintió afectado. Y no fui el único. Pienso ahora en aquel brasileño que llorando me decía que prefería regresarse a su país antes que tener que continuar soportando toda esa absurdidad. Por eso, cuando se fue a las pocas semanas de haber llegado, yo mismo me vi confrontado a una decisión. Pensé hacer lo mismo, pero no a mi país. Acaricé la idea de irme a París. Sólo cuando me di cuenta de que no hubiera podido subsistir sin beca, sino únicamente a costa de grandes esfuerzos, fue que tomé la decisión de quedarme. Me propuse entonces dedicarme a lo que me interesaba: aprender el alemán y confrontarme en el original con los autores, con los clásicos que podía leer. A todos aquellos que la censura me impedía el acceso, los leería a escondidas, es decir, pasándolos a ocultas por la frontera con Berlín occidental.

Mi biblioteca adoptó así un carácter clandestino, digamos. Cada volumen que lograba pasar por ese confín 'adquiría por tal hecho la dignidad de proeza, y se rodeaba entonces de un aura particular. Me sentía constituyendo una especie de tesoro enterrado, aunque visible en los estantes silenciosos que rodeaban las paredes de mi cuarto.

Al tiempo me mudé a Berlín oriental, con el fin de estar más cerca de la fuente central de aprovisionamiento, por así decir. Me bastaba cruzar la frontera y tener al alcance de mi mano todo lo que no podía obtener de este lado del Muro, donde vivía. Los estudiantes extranjeros residentes en la capital tenían más problemas para obtener una visa para la parte occidental. Pero como yo había conservado mi matrícula en la universidad de Leipzig, la solicitaba entonces en esa ciudad y podía eludir los obstáculos que la burocracia oriental ponía para impedir el libre paso. Impedimentos o no, los extranjeros éramos sin duda unos privilegiados totales por relación a la población en su conjunto: los únicos que podíamos atravesar el Muro con un simple papel, por caro o dispendioso que fuera obtenerlo. ¡Qué fácil era ser socialista

en esas condiciones: ¡guardando sus privilegios! La hipocresía, el cinismo abierto y el oportunismo eran las salsas con las que se hacía comer a los ingenuos esa ensalada de buenas intenciones y "hombres nuevos".

Es fácil imaginarse que mis tres libros de Althusser constituyeron al inicio una especie de respiradero natural. Era como poseer una ventana abierta al Occidente, es decir, al mundo que se me impedía estudiar con libertad. En ellos encontraba, también una visión distinta de la oficial, más elaborada, culta y atractiva. Pero la atracción duró poco, paradójicamente. El peso aplastante de la realidad encerrada, totalitaria, fue más eficaz que cualquier texto por elaborado que fuera. Althusser no me decía nada en mi nueva situación "socialista". Al contrario: se callaba rotundamente u ocultaba los hechos bajo el manto "diversionista" de la teoría. Además, la enorme escogencia que me ofrecía Berlín occidental en libros, me permitía no sólo satisfacer mi curiosidad y llenar mis lagunas, sino responder incluso a los interrogantes que me planteaba mi nueva situación. Fue así como encontré a Trotsky y a Wilhelm Reich. Ambos me dieron los elementos para entender el engaño de la realidad. Pero, el primero, llevándome más al fondo, comprometiéndome con las corrientes profundas y secretas, casi, de lo que vivía en superficie. Mientras que el segundo sembró las lentas bases para salirme del todo, mucho más tarde.

Todos esos años los veo hoy como vueltas en medio de un laberinto, en la búsqueda de mí mismo a través de circunvoluciones que la vida me puso a hacer sin que conozca en absoluto las causas. Tentado estaría de preguntarme por qué no me dirigí más en línea recta hacia el camino donde hoy me encuentro. ¿Por qué los mismos autores que me ayudan ahora a afianzarme en mi ruta no me decían lo mismo años atrás? ¿Qué es lo que permite que tomemos en serio una teoría, un autor, un libro? ¿Qué es lo que le posibilita marcarnos, haciendo que lo sigamos? No pretendo responder a tamañas cuestiones. Sólo dejaré ver que no hay biblioteca que se explique por la existencia cruda del material que contiene. Toda biblioteca se enraíza en la propia vida del que la construye con paciencia, o a la carrera, poco importa. Quiero decir que nunca un libro es sólo un libro y que la manera como él nos toca excede todo entendimiento. Todo libro es un misterio, como misterio es la vida que lo trajo al mundo y, pues, al estante que lo sostiene.

En espacio de pocos años mi biblioteca había pasado del estado embrionario a la edad adulta, por no decir a la sobre-población: cosa de la cual me di cuenta cuando al emprender el camino de regreso tuve que meter todo eso en cajas y cajas. Fue cuando volví a experimentar la censura, pues para que los libros salieran, me exigían cinco copias detalladas de todo el contenido de los embalajes. El nombre del autor, el título de la obra, la editorial, la ciudad y la fecha debían estar claramente indicados. Y todo eso ¡cinco veces seguidas!

"Gulp", tragué saliva al saberlo. "Y ahora qué hago", me pregunté rascándome la cabeza.

Estaba en esas cuando me acordé de la primera vez que recibí de sorpresa la visita de una de las profesoras de alemán, recién llegado al país. Vivía en Leipzig en una residencia estudiantil frente al Rosenthalpark, con un riachuelo en sus bordes y puentecitos para atravesarlo. El cuarto, con vista al parque, tenía una estantería prevista, cosa que me agradó desde el comienzo. Allí tenía, pues, los tres libros de Althusser y su equipo, y otros que había conseguido en mis primeras escapadas a Berlín occidental. Ya me habían dicho que de vez en cuando a los profesores les gustaba aparecerse de repente, para obligarlo a uno a soltar la lengua, mientras echaban un ojo alrededor. A nadie le extrañaba semejante procedimiento, pues formaba parte de la severidad extrema que caracterizaba al Instituto Herder, donde estudiábamos, con sus reuniones intimidatorias donde se evaluaba ante todo el mundo el estudio de cada cual, con sus horarios extenuantes, sus deberes escolares, su disciplina rígida y etcétera, etcétera. Es probable que debían obrar así si querían homogeneizar en un solo molde fijo la abigarrada diversidad de comportamientos y nacionalidades que se encontraban en ese lugar: más de ochenta, según nos repetían cada vez que alguien se arriesgaba a levantar un poco la voz. En fin, la cosa es que todo eso debía uno tragárselo, si quería pasar más tarde a la universidad con un mínimo de alemán entre boca y oreja. Y no hay duda de que el método propiamente lingüístico, expurgado de sus aditamentos prusianos, era excelente.

Le abrí pues la puerta a la profesora, la invité a sentarse y me puse a escucharla viendo cómo miraba curiosa a su alrededor. Yo le respondía haciendo esfuerzos e intentando utilizar lo menos posible los monosílabos. En una de esas se paró e inspeccionando la biblioteca, me preguntó. "No tiene usted miedo de leer a estos...", y sin terminar la frase me mostró un libro de Georg Lukács.

Este autor era uno de los "renegados" marxistas importantes, que había trabajado incluso en la RDA antes de haber tenido problemas con los estalinistas del momento. Sus libros estaban, pues, estrictamente prohibidos en el país. No sé si le dije que no veía por qué tener miedo de los libros y que además estaba esforzándome para leerlo en alemán. Cuando se fue, me quedé pensando largo rato en lo disparatado de la situación.

Lo mismo me decía ahora ante la necesidad de tener que hacer cinco copias detalladas de toda mi biblioteca. ¿Y por qué cinco? ¿Qué iba a hacer con tanto libro prohibido que tenía? ¿Cómo hacerlos pasar bajo los ojos de cinco rigurosos censores, mil veces más estrictos que mi profesora del Instituto Herder en Leipzig? Por más que me rascara la cabeza no sabía qué hacer. Veía a los cinco funcionarios, ojos avizores y lápiz en mano, pasando revista cuidadosa a cada uno de los autores y títulos. Me los imaginaba tachando a cada momento el libro en cuestión, mientras ahogaban griticos recriminatorios.

Tenía que reírme, no de mi imaginación, sino de la paradoja que me obligaba ahora a mostrar lo que en su momento había podido ocultar. El destino no me había ahorrado nada, en definitiva. Implacable, me obligaba a abrir el tesoro. A menos que... y continuaba rascándome la cabeza. Decidí, absurdidad obliga, volverlos a pasara escondidas por la frontera para enviarlos a destino desde Berlín occidental. Bueno, al menos los más importantes, es decir, peligrosos: Trotsky, Havemann, Biermann (disidentes locales), Marcusse y así por el estilo. En total, unas buenas cajas, no obstante. El resto, peligrosos también, los camuflaría de alguna manera. Escribiría sus nombres al revés, me dije, haciendo de Mao Tse Tung, por ejemplo, un autor irreconocible. Algo así como Guntse Oam o Tuntse Moa, no sé. Además estaban en francés, agregué reconfortándome, a la par que me volví a ver entrando a la embajada china en Karihorst, un barrio alejado de Berlín, sintiendo en mis espaldas el ojo severo del policía de turno. El mismo que le había impedido el paso a mi acompañante de la RDA, por supuesto. Entré solo, entonces, a un recinto adornado con fotos de Mao, Lin Piao y uno que otro dragón. Al cabo de unos minutos se presentó un empleado solícito que me ofreció, ante mi demanda, la posibilidad de tener las Obras Completas del Gran Timonel en tres tomos y en papel arroz. Pero en francés, a falta del español. Salí contento del lugar, sin embargo, y sin haber desembolsado ni un solo céntimo portada esa sabiduría maoísta envuelta en papel fino. Pasé

ante las narices del policía hojeando ostentosamente los tomos.

Fue así como envié desde dos partes distintas de una misma ciudad, los peligrosos y menos peligrosos volúmenes de mi biblioteca. En cuanto a la lista quintuplicada, supongo que estará todavía siendo descifrada, porque hasta hoy no he recibido respuesta alguna.

La parte "oriental" de la biblioteca se encaminó vía Rostock y encalló en barco en uno de los depósitos aduaneros del puerto de Barranquilla. Allí permaneció un largo año sometida a la crítica roedora de los ratones, mientras yo mismo me especializaba en líderes trotskistas en París. Ocasión también de continuar acumulando libros. Así, poco antes de regresara Colombia, experto en transformaciones del mundo y en discusiones de secta, diplomado por la Cuarta Internacional, me precedía una nueva ramificación, sección francesa, de mi biblioteca. Cinco años habían bastado para centuplicar considerablemente aquel primer núcleo originario y tripartito. Ya no leía a Superman, a Freud lo miraba ahora desde su disidencia radical, y mis *maitres á penser* eran Marx y Trotsky, héroes menos voladores, pero igualmente ídolos. Mi universo había crecido, con el aumento de libros, pero mi cabeza permanecía la misma: aferrada a un fundamento segurizante y poco ágil, en suma.

Entré pues a Colombia con la ingenuidad del que cree poseer enteramente la verdad, y volví a partir, cuatro años más tarde, con la incertidumbre y el desasosiego del que quema las naves tras de sí. Abandoné mi puesto en la universidad, la organización en la cual militaba y clausuré el periódico político que financiaba y escribía casi solo: como para corroborarme que una secta es más secta en cuanto menos miembros tenga. Después metí los libros en cajas, de nuevo. Y como Superman, tomé vuelo. No hay mejor manera de cambiar las ideas que la de tirarse al vacío: cuestión de abrir cabeza y corazón para que entre el aire.

Con Gustav Jung y Karl Jaspers podría decir que es en las situaciones límite donde en verdad se crece. Espiritualmente, digo, porque mi biblioteca se vio de un solo golpe reducida a su más mínima expresión. Al llegar a París me di cuenta de que el reducido apartamentico que había conseguido a través de amigos no alcanzaba ni siquiera para albergara dos personas juntas: mi esposa y yo. Mucho menos para meter una enorme biblioteca de cientos de volúmenes. Con un télex urgente interrumpí el envío de las cajas y conseguí que un familiar se encargara de almacenarlas en alguna parte. Por

primera vez en mi vida me quedé sin libros; además de que no llevaba entre mis maletas ningún concentrado tripartito u otro. Supongo, pues ya no recuerdo, que apenas tendría algo para leer en el avión, nada más. Buena señal, si lo pienso bien, pues entre menos autores fetiches, más ligero es el vuelo.

Claro que tenía a mi alcance todas las innumerables librerías de París. O más o menos, agrego, pues no significa que tuviese mucho dinero, aun cuando mi antigua capacidad para "nacionalizar" libros seguía intacta. Pero como tenía el propósito de llevar a cabo un viejo proyecto: escribir algo sobre la relación entre Marx y Reich, empecé a redescubrir la útil función pública de las bibliotecas. Me inscribí en el postgrado de filosofía de la universidad que había frecuentado en mi año de militancia trotskista, y me puse a trabajar con disciplina. Todas las tardes me instalaba en un cómodo camarín de la biblioteca de Beaubourg, cerca de la MEW: las obras completas de Marx y Engels en alemán, las mismas que había recibido como regalo de parte de mi extraordinaria suegra y que reposaban ahora en Bogotá, entre cajas. Sí, ésas que había hojeado por primera vez en el aeropuerto de Leipzig, diez años atrás. Cuarenta y tres tomos relucientes, si no me equivoco en la cifra, que vendería un primo años más tarde siguiendo mis indicaciones. Es curioso, pero sería una universidad católica en Bogotá la que los compraría para enriquecer su biblioteca.

Yo creo que fue a partir de ese momento que empezó a operarse en mí un cambio respecto de los libros y las bibliotecas. Me es difícil detallar las causas precisas, pero puedo imaginarme el cuadro de la situación. El haber abandonado la militancia política me hizo confrontarme a la complejidad del mundo. Fue como quitarme de pronto los espesos anteojos con los cuales lo miraba, y descubrir que entre menos indicaciones poseyera para moverme en su interior, mejor era. Las ideas son especies de utensilios, y éstos pueden ser útiles o desaconsejable, según el uso o el objeto por trabajar. En suma, comenzaba a desmontar mi racionalismo, a darle poco a poco cabida de nuevo a mis sentimientos; aquellos que había reprimido entre mi infancia y mi temprana adolescencia, aterrado por el desbordamiento "pornográfico" de su manifestación.

Pero no acababa apenas sino de comenzar. La situación límite no había mostrado aún todos sus meandros y riquezas. Y como los sentimientos son la base de lo cotidiano, era eso lo que debía ser removido en profundidad. Una vez caída la defensa, es decir, el muro de contención que representa la militancia leninista, y el racionalismo asegurador y dogmático

sobre el que se fundamenta, lo demás vendría de por sí. Por eso todo lo que vivía a partir de ese momento era como si lo sintiese más, como si tocara sin mayores rodeos mi centro vital. Quizá se trataba sencillamente de una inversión de valores. Antes, todo lo que constituía el mundo externo, eso era lo importante: revolución, cambio social, proletariado, etcétera. Ahora, lo esencial era mi propia vida, mi cotidianeidad. Mi tesis de doctorado y el libro acerca de la sexualidad y el feminismo son los testigos de esa primera inversión. Pues vendrían otras.

Si para cualquier humano la mayor dificultad reside en saber aceptar la vida sin condiciones ni pretextos, para un intelectual esa tarea representa algo así como deponer las armas. Confrontarse a la vida sin ideas ni libros: ¡vaya enormidad!

Pues bien, eso fue lo esencial de la transformación que empecé a vivir en ese entonces, y que vivo aún. Pero en mi tesis de doctorado y en el libro "feminista" que le siguió, el intelectual que soy se defendía todavía con manos y dientes. Si es verdad que con ellos empezaba a preocuparme menos de las solas "condiciones externas", incluyendo en mi punto de vista lo privado, lo cotidiano, la "cuestión personal", es decir, la vida misma, no dejaba sin embargo de sopesar el mundo a partir de ideas, metiéndolo dentro de una camisola de fuerza, eliminando lo que no quería y aceptando lo aceptable, como Procusto con su famoso lecho. Y cosa aún peor: consideraba todavía que la transformación del mundo pasaba por esa inclusión, es decir, no había abandonado la ilusión utópica. No pasaba de ser entonces sino un estratega ridículo, con el dedo levantado en señal de recriminación y mostrándole a mis congéneres la vía por seguir: dogma, arma y brújula en el bolsillo. Por lo esencial, la militancia leninista es una concepción militar y religiosa del mundo, hecha de camaradas y renegados, de ídolos por adorar, de ciudadelas por asaltar, de proselitismo o enemigos por eliminar, de órdenes por seguir, de dogmas y principios por defender y de ritos, sectorizaciones, pequeños grupos, encerramientos y... Por eso, muchos no pueden abandonarla a falta de muletas para moverse en la realidad. Y los que lo logran no dejan de sentirse libres, cuando lo que ocurre es que han acabado de acceder simplemente a la normalidad. Poco a poco empecé a formar de nuevo una biblioteca. Pero esta vez era bien modesta. Había regresado a los pocos estantes funcionales en torno a lo necesario, nada del gigantismo de la sobreabundancia y la acumulación por la acumulación. Creo que antes me sentía como el especialista que debía tener todo lo que se publicaba sobre la

especialidad. Había que llenar todos los huecos con referencias y libros pesados. Así era también mi modo de escribir. A imagen y semejanza de mi concepción militar, mi escritura avanzaba compacta como un pelotón. El aparataje era decisivo, es decir, mostrar lo que se sabe, mostrar lo que se ha leído: libros acumulados en la cabeza o en los estantes. Escritura autoritaria, con peso, como se dice. En esos casos la erudición es una artillería pesada destinada a apabullar al lector, potencial enemigo.

Creo que con *La sexualidad del feminismo* mi escritura se hace algo más aérea. Sobre todo si la comparo con mi producción marxista anterior, tipo *De la praxis* (oh, título horrible y sintomático ¿no es verdad?). En aquél me permito ciertas libertades, pequeñas digresiones, además de cuidar la expresión. En el otro soy el profesor dictando curso, sin imaginación ni vuelo; salvo en los textos algo posteriores, como el artículo sobre Kafka o la conferencia acerca de los límites del marxismo, por ejemplo. Textos fronterizos, por así decir.

Por eso puedo afirmar que mi escritura se transformó con el cambio de mi disposición ante los libros, baluartes supremos de la racionalidad. Hoy estoy seguro de que todas esas transformaciones internas, especies de caída de mi Muro interior, se remontan a las condiciones de mi exilio. Sólo una adopción tal del vacío, semejante a un terremoto, podía conducirme a un cambio radical de piel. Y dentro de todo eso, como figura esencial, se encuentran las evoluciones de mi vida personal, afectiva. De ahí que el libro sobre la sexualidad y el feminismo sea distinto, ya que fue escrito en los bordes de esa situación, protegiéndome con la cabeza de la angustia ante el terremoto. Pero el libro testigo, el que fue hecho con el material mismo del temblor de tierra y de la caída del Muro racionalista y protector, es *El experimento: vivir*, libro acaballado entre la ficción, la reflexión y la autobiografía. Acaballado entre géneros, puente entre mis "yos" distintos, mis avatares, mis vidas. Producto también del crecimiento que conlleva toda situación límite, toda crisis en verdad profunda y benéfica, aunque dolorosa.

Especie de segundo nacimiento, *El experimento: vivir* proviene de aquella capa psíquica reprimida por el "trauma" de mi primera experiencia de escritor; de escritor pornográfico a lo Pierre Menard y Borges al tiempo. Tuve que pasar por el sacudimiento interno del exilio y los avatares de mi sexualidad amorosa, para liberarme del susto espiritual de aquella escena originaria de censura, fuego. "purificador" de por medio. El día que el lector pueda leer ese libro, que continúa inédito por la acción de otro tipo de censura, verá

por sí mismo cómo pude sacudirme el susto y cambiar de piel. Verá entonces que no exagero ni le miento.

El experimento: vivir lo escribí en parte en un hotel en París, y sin biblioteca. Creo que no tenía ni siquiera una mesa de trabajo. Me acomodaba en la cama del pequeño cuarto, atrincherado contra el muro y en mis recuerdos, y estilógrafo y cuaderno en mano, escribía. Era la primera vez que vivía en un hotel; también, la primera que escribía en esas condiciones. Ni una sola obra de referencia, ni libros por ahí, ni máquina de escribir, ni escritorio, nada. Ni siquiera mis cosas habituales, mi ropa, mis zapatos, afiches adornando la pared, mis fetiches rodando por el cuarto, revistas esperando ser leídas, la cafetera humeando, todos esos objetos que conforman el sedentarismo y el confort, por mínimo que sea: nada. El vacío total alrededor de mí: un cuarto impersonal de un hotel barato en la calle Beaunier del distrito catorce, en París. Todo el resto guardado entre cajas o en la casa de amigos. Conmigo, sólo un cuaderno, un estilógrafo y un libro de Henry Miller, libro de ficción y autobiografía, como todos los de él

Algo me ocurría, es evidente: el lector se habrá dado cuenta. Pues bien, así fue durante toda esa época en que accedí poco a poco a una nueva piel, a nueva escritura. Sin biblioteca. Cuatro o cinco años me separaban de ese día en que envié el télex urgente deteniendo el envío de mis libros desde Barranquilla. Cinco años sin saber dónde estaban, cómo estaban. Y en cuanto a la nueva, también entre cajas. ¡Ah, qué liberación, en realidad! ¡Qué libertad de peso! ¿Ah?

Más tarde, del hotel, me pasé a vivir donde Dominique -una amiga que vivía en el Boulevard Philippe Auguste-, y continué escribiendo. Pero a veces me tocaba dormir en el suelo donde mi antigua compañera, mi esposa, porque no había otra alternativa, porque no tenía dónde dormir, porque donde Dominique ocupaba el cuarto de alguien que venía de tanto en tanto desde Londres por causa de trabajo, o porque a Vicky y Didier, frente a la calle Daguerre, no podía molestarles siempre. Y bueno, qué se le va a hacer, che, como dicen en la Argentina. Total, continuaba escribiendo. Con mi cuaderno, mi estilógrafo, mis recuerdos, mi dolor fructificante: todo terciado entre pecho y espalda, escribiendo.

Meses más tarde abandonaría París por Caracas, con mis libros entre cajas y mi cuaderno y mi estilógrafo acompañándome. Dejaba atrás el viejo continente, de nuevo, pero no para siempre. Esta vez llevaba un doctorado en el

bolsillo, que no me ¡ría a servir de nada, en realidad, y unos manuscritos prácticamente inservibles, es decir, sin publicar.

Al llegar a Caracas dejé las cajas sin abrir en la oficina de mi hermano, y me acomodé en un pequeño cuarto de su apartamento de la avenida Vollmer. Veinte pisos por encima de la ciudad, con vista a las autopistas que la cruzan con mucho ruido y sin piedad. Y continué escribiendo. El libro lo terminé un año después frente al mar y pasó a engrosar los manuscritos sin publicar: hasta hoy. ¡Ah, poco importa! Con él crecí unos cuantos centímetros por encima de mí mismo, y eso es lo esencial. El resto vendrá algún día.

A lo largo de los cuatro o cinco años que permanecí en Caracas, la gran mayoría de mis libros se quedaron entre cajas. Nunca tuve el espacio ni el dinero suficiente (salvo ya antes de irme de nuevo), para meterlos entre estantes, como se hace. La solución tradicional consistió en tener conmigo estrictamente lo necesario, recurriendo de nuevo a las bibliotecas públicas: la de la Universidad Central y la del Instituto Humboldt (que aquí sean agradecidas).

Pero tuve asimismo la posibilidad de una solución original: meter mis libros entre los estantes de un amigo: José Víctor, exiliado como yo, quien vivía en uno de los cerros proletarios de la ciudad con hijos y esposa. José Víctor no tenía más dinero que yo, incluso menos, pues en esa época no tenía trabajo; lo que lo llevó a los bordes de la desnutrición durante un buen tiempo. Todavía recuerdo la visita que le hice un día en su cama de enfermo, con tubos de suero a su alrededor y su sonrisa de siempre. Pero para él el dinero no era de lejos lo más importante. Podía compartir una moneda de cinco centavos con sólo partirla en dos. Manera de decir que tenía un corazón tan grande como el amplio apartamento que no podía pagar mensualmente.

Los dejé entonces en ese lugar propicio y los visitaba de tanto en tanto con el mismo placer con que veía a José Víctor para mover la mandíbula. Cada vez que iba adonde él los hojeaba para no olvidarlos, tomaba una referencia que podía servirme en mis cursos, o me decidía a guardar uno entre mi bolsillo para continuar viéndolo más tarde. Cosa que intentaba no hacer con demasiada frecuencia para no infringir las leyes mínimas de supervivencia en un reducido espacio: donde vivía. Entre tanto había empezado a vender a distancia mi biblioteca en Bogotá. No sólo porque ya me había distanciado ante ella, sino porque necesitaba dinero. Lo que ganaba entre la universidad y el periódico donde escribía con

regularidad, no me daba siempre lo necesario para vivir. A tal punto que una vez tuve incluso que vender empanadas en un estadio de barrio. Lisbeth, la compañera con la que compartí mi vida en ese entonces, las hizo lo mejor que pudo y con un recipiente para guardar el calor y un poco de picante, nos pusimos a ofrecerlas entre la gente.

"Empanadas, empanadas, empanadas", susurrábamos, antes que gritar, impedidos por el prejuicio y la vergüenza. No recuerdo que hayamos vendido muchas, pero sí lo suficiente como para pasar la tormenta con dignidad. Fue por eso que me decidí a vender los libros: y no sólo los de Bogotá. Tomé contacto con un librero que conocía en el centro comercial de los Chaguaramos y, con la ayuda de José Víctor, los metí de nuevo en cajas y se los dejé. Cada mes comencé a recibir entonces el producto de la venta. Conservé sólo los necesarios, sin que pueda decir dónde se situaba para mí la frontera entre superfluo y necesidad. Creo que había llegado ya a un tal desprendimiento, que la única materia escrita que respetaba era la de mis solos manuscritos. Todo lo demás podía irse, por mí, al infierno. Con tal que me diera dinero, claro. O sea que estaba llegando a la levedad de Superman, combinada con el interés por el dinero de un Rockefeller, más el desprendimiento ante los objetos de un Estoico. No por nada mis lecturas favoritas en el momento eran el *Manual de Epícteto* y los *Pensamientos de Marco Aurelio*. A Superman no había podido conseguirlo en ninguna biblioteca.

Hoy puedo decir que toda mi estadía en Venezuela fue una etapa muy importante de transición, marcada por un desprendimiento paulatino de algunos de mis antiguos pesos. Y me refiero no sólo al de mis libros. Fue allí donde empecé la evolución presente de mi espíritu, convoluta misteriosa de mi marcha en tierra, y que culmina en La ciudad interior y Del pensar breve. Y fue de allí de donde indirectamente se derivó, en una nueva muda de piel y situación límite, *El docto y el imbécil*. En este último relato, por lo demás, todas esas aventuras. No voy a aburrir doblemente, entonces, al lector.

Me regresé a París sin que hubiese terminado de vender mis libros, y después de haber enviado por correo los que había escogido para acompañarme. Por tercera vez dejaba mi continente, y mi lengua, para instalarme en el exilio y en otro idioma. Era la tercera vez que abandonaba todo lo que tenía, incluida mi posición profesional, mi vivienda, mi biblioteca, mis amigos y, ahora, incluso, hasta la mujer que amaba. En

una impresionante atracción por el vacío, volví a tirarme sin paracaídas. Vruuummm...

Aún hoy no podría explicarle a nadie, ni a mí mismo, las razones profundas que me han llevado a saltar de esa manera repetidas veces. Sólo puedo decir que en eso he estado siguiendo más bien a Ícaro, que a Superman.

Una vez allí, instalé las pocas cajas recibidas en el apartamento que mi antigua esposa me había prestado para aterrizar, por el poco tiempo de sus propias vacaciones que coincidían con mi llegada, y sin abrirlas, me puse a buscar vivienda. La corresponsalia que me había conseguido en Caracas, pero para representara una revista mexicana y a través de un amigo, no me bastaba para casi nada, y, sobre todo, no para una vivienda correcta. Debí arreglármelas con lo más barato que obtuve, lo que para mis libros significó que no pude desempacarlos todos. De nuevo, pues, los dejé entre cajas, debiéndome contentar con menos que lo superfluo. Una vez más las bibliotecas públicas fueron mis mejores amigas, y en particular la de Beaubourg. Allí donde nueve o diez años antes había escrito parte de mi libro sobre Marx y Reich, y donde iría a escribir ciertos capítulos de mis dos próximos.

Inmerso hasta el cuello en una nueva situación límite, volví a salirme con una nueva piel. Quiero decir que no tenía otra alternativa que transmutar en positivo la adversidad, dedicarme pues a un nuevo libro que me permitiera comprenderme, para recuperar ante mí mismo mi propia imagen ideal. La ventaja del vado, si puedo expresarme así, consiste en la sinceridad a la que nos obliga. Continuar mintiéndose en tal caso es como entregarle el alma al Diablo, y sin remedio. Creo que mucho de la perplejidad ante las extrañas fuerzas que me gobiernan, así como de la cierta tristeza de saberme acaballado entre un yo lúcido ante el fracaso, y otro enceguecido cometiéndolo, se coaguló de alguna manera en ese nuevo libro. Es quizá el más austero que he escrito, el más sobrio, el menos barroco, el menos danzarín. Pero el más sincero, el menos retórico y el más incomprensible para mí mismo. *El docto y el imbécil*, su título, expresa bien, me parece, todo ese meollo confuso y para-esquizofrénico de mis "yos", de mi frágil situación en un mundo que construyo yo mismo con los medios a mi disposición. Y torpemente, muy torpemente, pero con la sonrisa en los labios, creo, si bien no siempre.

La sonrisa en los labios fue la que expresé en *la ciudad interior*. Ese fue el primer libro que me salió de las entrañas, recién llegado. *El docto y el imbécil* le siguió. La cronología es importante, porque manifiesta mi lucha contra la situación,

mi estado de ánimo, mis armas, por así decir. Y sus variaciones entre libro y libro. En el primero podía aún reír. En el segundo no.

Pero le pido al lector tomar todo esto grosso modo. Nunca un creador podrá expresar hasta el fondo, como nadie, por lo demás, las fuerzas recónditas que lo mueven a crear. El lenguaje con el que intenta cernir el misterio no corresponde sino a ciertas capas, pocos estratos acaso, del intrínquilis espeso que se encuentra en sus cimientos, de alguna forma. ¿Y quién sabe, verdad?

Sea como sea, *La ciudad interior* corresponde a la primera confrontación con esa fuerza de atracción por el vacío, a la primera intuición de su existencia. Mientras que el segundo manifiesta el horror. No sé si el lector me crea, pero le confieso con sinceridad que me di cuenta de que el vacío me atrae, sólo a partir del momento en que decidí escribir *El docto y el imbécil* y, podría decir, incluso, hasta el instante mismo en que encontré el título. No sabemos qué es la conciencia ni cuándo surge y por qué. Lo único es que sentimos un profundo dolor, o una profunda alegría, cuando se despierta según las circunstancias y condiciones que la traen a luz. Es probable que antes de ese libro, y ya con *El experimento: vivir*, haya empezado a entrever que algo ocurría con mi vida: manera de decir. Si esculco en mis sentimientos, encuentro en aquel entonces una curiosa sensación de perplejidad y confusión. Me preguntaba por qué me tenía que pasar "todo eso", como Job ante su desgracia. Pero a diferencia de éste, llegué rápido a la conclusión que al único a quien podemos responsabilizar de lo ocurrido es a uno mismo. La vida es uno: ese fue el título que pensé para ese primer libro, suerte de enseñanza a la cual llegaba, sin proponérmelo. Creo poder decir que la distancia tomada ante mí mismo, ante lo que me ocurre y produzco, es la base de mi capacidad de creación. Tal vez lo que se llama conciencia no sea sino una especie de levitación del yo sobre el yo: forma de poder verse desde arriba.

Y toda mi producción literaria es una mirada sobre mí mismo. Cuando logro transformar la perplejidad que me produce mi vida, en fuerza activa de escritura, es cuando gano en conciencia dando a luz a un libro. Mis libros teóricos son el acrecentamiento o las transformaciones de mi conciencia en reposo, y mis "ficciones", las mutaciones de mi conciencia en guerra: verdaderos cambios de piel.

A los pocos días de haber llegado a París, el salto que había dado en el vacío empezó a evidenciarse. Pero la novedad de la situación, la alegría de haber logrado el regreso y la misteriosa atracción que ejerce sobre mí la Ciudad Luz, me impedían ponderar el salto en toda su gravedad. Además me había propuesto terminar un libro comenzado en Caracas, consagrado en parte a las ciudades, y que me ayudaría a sobrellevar la adversidad. Compartía un reducido apartamento con un desempleado que necesitaba ayudarse para pagar el arriendo; dormíamos en el mismo cuarto y teníamos baño, cocina y un escaso corredor como confort. Sobre mi mesa, y debajo también, arrumados contra la pared, justo al lado de la cama, los pocos libros de mi antigua biblioteca me ayudaban a mantener un espacio "propio", especie de raíz reconfortante, aunque transportable. Y cuando no escribía en Beaubourg o en algún café poco ruidoso, o estaba ausente mi compañero de cuarto, me acomodaba frente a los volúmenes y empezaba a rasgar con un esferógrafo el papel liso y blanco donde acumulé *La ciudad interior*. Creo que la cierta alegría juguetona de ese libro fue una forma de evasión, porque la angustia empezaba a invadirme poco a poco.

Pero fue sólo cuando las condiciones me condujeron a perder toda esperanza de reunirme con la mujer que amaba, obligándome a la vez a trabajar de guardián nocturno en una fábrica, que el vacío se me reveló como la jeta de un monstruo. Me vi cayendo y cayendo en un hueco oscuro, y sin recurso. Cuántas veces no soñé estar escalando una pendiente impresionante, casi un muro, y con la sola fuerza de las uñas, para después despertarme de un golpe con una aprehensión en el pecho. Fue hundido en esa situación que comencé a escribir *El docto y el imbécil* en los días libres que me dejaba el trabajo nocturno, o en la fábrica misma, en los ratos muertos de la vigilancia y las rondas entre máquinas, *chassises* de carros y salas enormes, frías, sucias y oscuras.

Dos años duré escribiendo ese libro, dos años intensos, espesos como lava, y durante los cuales todo el dolor que acumulé se vio transmutado en puntos y comas. Pasé por varios trabajos, cada uno un poquito menos miserable y denigrante que el otro, y por varias viviendas más o menos en la misma progresión. A veces más arriba, a veces más abajo, pero, todos, etapas diversas en la misma escala de la mutación del sufrimiento. Y durante toda esa época, como sola compañía, la enorme biblioteca de Beaubourg que frecuentaba a diario, además de la mía, más pequeña e instalada sobre cualquier mueble para la ocasión.

De esas dos bibliotecas extraía mis recursos, mis fuerzas, e incluso hasta las raíces de los libros que escribí en ese entonces. Pues todo libro se nutre de libros, suerte de monstruo autófago e insaciable. Si *El experimento: vivir y La ciudad interior* tienen como padrino a Henry Miller, con sus carcajadas, sus libertades estilísticas, sus autocomplacencias y sus autocríticas implacables, con su amor por la vida y por la calle (y por la literatura de la calle: cosa importante, literatura del libre caminar), *El docto y el imbécil* se recuesta en Robert Walser y Ernest Jünger, más bien. Del primero, la economía del estilo y el gusto por el fracaso, por la soledad, por el suelte de amarras, y del segundo, la conciencia altanera y autorreflexiva, el amor por la libertad individual, más allá de las consecuencias: amor por el camuflaje y el disfraz. De ahí que su figura emblemática sea Rimbaud el aventurero, el fracasado, el temerario, el grandioso y el imbécil, a la vez. Ese Rimbaud del cual Henry Miller resume en una frase sibilina y certera, misteriosa y profética al mismo tiempo, toda su complejidad: "El tipo Rimbaud remplazará en el futuro al tipo Hamlet y al tipo Fausto". Frase contra la que me estrellé en ese momento de mi vida y de la cual aún no me he evadido: manera de confesar que todavía no la comprendo. Quiero decir que en ese tipo ideal tuve que reconocer mi propia temeridad y mi estupidez. Darle cuenta de que mi fuerza creadora pasaba por el riesgo de abandonar todo, *incluso esa propia fuerza*, fue un choque sin precedentes en mi vida. Hoy no tengo dudas de que en ese libro conjuro y me confronto a las ondas producidas por tal choque, de que fue gracias a él que pude sobrevivir: dicho esto sin melodrama alguno, en toda ingenuidad, si se me permite la expresión.

Fue mucho más tarde, pasada ya la sorpresa del impacto, cuando llegué a reconocer en mi caso la cierta banalidad de todo creador en lucha contra su propio demonio, para emplear los términos de Stefan Zweig. Ya que, como lo afirma Ernest Jünger, todo hombre es abordado un día por la tentación, y podrá tanto mejor salirse de la situación, en cuanto discierne, al final del camino, el propio atolladero. Cada uno se encuentra un día en un cruce de caminos, pero pocos son los Hércules. Por un lado la ruta conduce al mundo de la economía, con sus funciones y sus tareas, sus deberes y su utilidad. Por el otro, al mundo del juego, con su destello y su belleza, sus sustos y peligros.

Es quizás el mundo de los arquetipos el que allí se muestra, ese universo intrincado a nuestras vidas y que las comanda sin que lo sepamos, como lo cree Karl Gustav Jung. Saber lejano y misterioso, al menos para nosotros, habitantes

del planeta Ciencia y Tecnología, convencidos sólo de lo que se deja verificar. De ahí que Jünger, en ese mismo texto, extienda esa escisión al mundo de la naturaleza, como Darwin lo reconoció. "Su universo podría dividirse claramente entre Marzo y Mercurio, Afrodita y Apolo, es decir, de un lado el poder y la ganancia, del otro, la belleza y el canto".

En cuanto a lo que yo tengo que ver con todo eso, ah, vana historia. ¿Qué puede hacer un individuo ante semejantes fuerzas? Destino y libertad: esos son los términos, viejos como el mundo. De qué sirve rebelarse, ¿no es esa la significación de Edipo? Hoy creo que la sabiduría consiste en reconocer que hay problemas que no podremos nunca resolver; sólo podemos vivirlos, y punto.

Eso no me impide continuar rebelándome, claro está, y como un cretino. He ahí, tal vez, la función oculta de todo individuo: patear cual ahogado en el mar de la vida, avanzando hacia atrás y retrocediendo hacia adelante, ya que en realidad no existen puntos fijos: todo es igual desde el punto de vista de la lucha, pues es ésta la madre de todo, como ya lo vio Heráclito. *Polemos pater pantón*. Y lodo fluye, por fortuna. *Panta rhei, panta rhei*.

Digo "rebelándome", además, porque todavía no logro aceptar la imagen que se muestra tras de todo eso, respecto del creador: la figura del sacrificio, oh, miseria. ¿Es verdad que el creador es un eterno Palinuro, dormido sobre el timonel que lo conduce a destino, luchando contra la tormenta, aunque somnoliento, y cayendo al mar, perdido, para rescatar la vida de Eneas, su comandante, y otros? ¿Es que el arte está ahí para servir de faro inútil? ¿Es que el sueño tranquilo e inconsciente de unos debe pagarse con las pesadillas y el insomnio de otros? ¿De qué le sirve a Palinuro, me pregunto, todos esos honores póstumos, toda esa fanfarria humana con la que éstos quieren rescatarse a su vez? ¿Todo ese sacrificio para darle nombre a un pedazo de geografía, el Cabo Palinuro? Y todo eso, para él, ¿por desgracia o por fortuna? ¿Qué término escoger? Si es que podemos...

Si la historia de mi biblioteca se puede resumir en una buena cantidad de empaques y desempaques de libros entre cajas, la de mi vida está igualmente marcada por el desplazamiento incesante de país en país y ciudad en ciudad. No me voy a extenuar contándola hasta hoy, porque entre tanto, desde que terminé *El docto y el imbécil*, he cambiado dos veces de país y varias veces de ciudad. Además, porque "eso" podrá formar parte quizá de un libro por venir. Después de todo,

dichos desplazamientos no son importantes sino por las emociones y enseñanzas que me han aportado. Y éstas provienen casi siempre de las mutaciones del amor. Manera de decir que en esos últimos viajes mi vida afectiva ha conocido las diversas colocaciones de la intensidad.

En cuanto al amor por el vacío, creo que he aprendido a convivir con él, a integrarlo de alguna manera a la economía de mi propia vida, a soportarlo, en suma, haciéndolo más llevadero. En cierta forma creo que hoy le estoy sacando el provecho que todo en la vida puede darnos. Porque continúo en el exilio, si bien esa es ya mi propia piel, pero en condiciones envidiables, como se dice. Casado de nuevo con una bella mujer que amo y que me corresponde, haciéndome feliz, y escribiendo esto con vista a los Alpes, al lago L'émán, al campo suizo y a setecientos metros de altura sobre mis antiguas penas.

En cuanto a mi biblioteca, entre cajas todavía, pero por muy poco tiempo, estoy seguro. Y sobre mi mesa reposan los libros que he escrito, inéditos o no y, aquí mismo, sobre esta página de computador, este último testigo de mi incansable y recuperador quehacer.

Ahora que llego al término de este recorrido por mi biblioteca se me vienen a la cabeza dos o tres ideas.

La primera, que entre más joven, más me apegaba a mis libros. Pareciera que con la edad todos los pesos se agravan o se aligeran, según la terquedad. Conservar libros es un acto de testarudez, de obstinación, de porfía, con todo lo negativo y positivo de actos así. Por eso me alegra, sea como sea, que el haber aprendido a despegarme de mi biblioteca signifique a la vez una cierta disminución de mi obcecación. Quizá lo que ocurre con la edad es que los libros se interiorizan, se diseminan por el cuerpo, corren por la sangre y se pasean por la cabeza. Y por eso es esencial llegar a tener cada vez menos creencias fuertes, principios inamovibles; sólo apenas lo necesario, digamos, para moverse en este mundo, ya que sin creencias es imposible vivir. Importante para no tener una monstruosidad de cabeza en desmedro del cuerpo y de la buena sangre, límpida y ligera para que fluya mejor.

Es curioso, pero creo que hoy mis amigos poseen muchos de mis mejores libros-ya sea porque los he vendido, o porque los he abandonado antes de viajar. Y tal vez lo digo con una pizca de nostalgia, pero en el fondo me alegro y, sobretudo, no me lamento. Me ha sucedido muchas veces que he comprado varias veces el mismo libro; manera, pues, de recuperarlo. También me ha ocurrido encontrar el mismo

volumen, pero aumentado por un nuevo prólogo o unas correcciones, y entonces me reconforto. Pienso: "ves, ahora lo puedo adquirir mejor que antes". Lo que, soy consciente, es otra forma de porfía, y nada buena, claro está.

Lo raro con los libros es que nos llevan a amar su simple "estar-ahí". En cuántas ocasiones no sopesamos el libro por su valor en nuestro imaginario, antes que por su valor real, por decir así. En esos casos el libro está ya ordenado en nuestro espíritu, antes de guardarlo en la biblioteca: clasificado, sin duda, en una especie de catálogo virtual, inexistente, pero terriblemente eficaz y actuante. Por eso es muy difícil poder decir qué es necesario o superfluo en una biblioteca, pues depende siempre del espíritu del que la posee. Me imagino que es eso también lo que explica el valor duradero de lo que llamamos "clásicos", y cuya definición paradójica podría ser: libros que tienen más valor virtual que real, más peso en lo inexistente que en el mundo de todos los días, mundo de "aquí". Y por ello son inagotables, pues la fuente de donde proceden es irreal, y la verdad que expresan no es de este mundo, o no sólo del aquí y ahora, sino del "más allá".

Pero el riesgo que corremos así es tener una biblioteca por el solo haber; como esos estantes de las mueblerías, adornados con libros falsos de pura decoración bellos, eternos y vacíos. Forma monstruosa, claro, de la porfía propia a los libros. Es así como tesaurizar tiene relación con lo anal y conservar en esas condiciones es igual a acumular lo inservible; otra forma de decir "mierda". De ahí que todo libro debiera proceder de una suerte de necesidad apremiante. Digo "debiera", sabiendo que el mundo de los libros, como el nuestro, es ancho y ajeno, por fortuna. Dejemos pues que todo exista, que todo sea posible, incluso la mierda.

Existen también los libros ya leídos sin haber sido comprados, y que pertenecen a una especie de biblioteca interna. Son los libros necesarios, los libros alimento, ya digeridos. O casi, pues con frecuencia este tipo de volúmenes se rumian, más bien. Si pese a ello los queremos poseer externamente, digamos, los queremos ordenar en nuestra biblioteca física y palpable, es, o bien porque somos unos profesionales del libro, aferrados a nuestros hábitos y referencias frecuentes, o bien porque comenzamos a infringir la frontera que nos acerca a la acumulación inútil, es decir, porfiada. Es así como dejo planear en la incertidumbre, y según el gusto y uso del lector, esa acertada apreciación de Jorge Luis Borges: lo importante no es leer sino re leer.

Es supremamente arriesgado decir dónde se arraiga la necesidad de un libro, de su posesión. Los libros designan la geografía no sólo de la cabeza, sino del alma en su conjunto, para emplear una noción *partout*. Dime qué libros tienes y te diré quién eres, ¿verdad? De ahí que con frecuencia lo más difícil no es tanto regalar un libro, como recibirlo. Es como si, proveniente del afuera, ese libro-regalo rompiera el paisaje cuidadosamente acomodado de nuestro interior. Un libro no deseado, un libro situado en el exterior de nuestro gusto puede incomodarnos hasta el punto de no saber qué hacer con él. Como es posible, también, que nos abra un nuevo horizonte, puerta entreabierta a un paisaje distinto, a la introducción de un nuevo gusto. Alguien ha dicho, ya no sé quién, y en una formulación platónica, que no se aprende sino lo que en verdad ya sabemos. Lo mismo podríamos aplicarlo a los libros, pues no poseemos sino aquellos que ya conocemos, en cierta forma. Nuestros libros nos corroboran, en ellos nos reconocemos, nos aseguramos, especies de tierra fija donde repasarnos en tranquilidad. Por eso es una señal de liberación el saber desprenderse de lo acumulado, mucho más para un intelectual, poco móviles como somos, en general. De ahí que los libros que quizá más nos enaltecen, son los que nos contradicen en nuestras creencias y tics.

Considero señal de buena salud discernir lo que nos molesta, comprender su existencia. Y no digo aceptarlo, necesariamente. Digo entenderlo, saber que está ahí, que también forma parte de la vida. Siempre he desconfiado de quienes se niegan abrirse a lo que se dirige en sentido contrario a la dirección en que se encuentran; de los satisfechos, en suma, de los no curiosos por miedo a perder.

Allí se anida la relación entre biblioteca privada y biblioteca pública, porque ésta siempre es por necesidad

cerrada sobre sí, como esas monadas autosuficientes a lo Leibniz. Mientras que la biblioteca pública es la representación en reducido de la apertura definitoria del mundo, de su complejidad. Veo al intelectual que se autoabastece exclusivamente con su propia biblioteca, como alguien con una cabeza cerrada, cuadrada y sin fisuras, al igual que me imagino cuadrada, cerrada y sin fisuras a su biblioteca: espejo complaciente de sí. Creo que el nomadismo en la vida es tan saludable como el nomadismo en los libros, pues nos abre a la diversidad, airea nuestros recovecos, revisa nuestros cimientos y pone a temblar las ideas demasiado fijas. Es así como entiendo esa divisa exigente de Kafka: cada libro debe ser como una bofetada en pleno rostro.

La tarea de la lectura es la de sacudirnos, y la de la escritura: la de abrirnos al mundo. Pues nuestro "yo" es siempre una estabilidad y un encerramiento, por más inestable o abierto que lo supongamos a veces. Siempre nos estamos corroborando, incluso cuando pensamos contradecirnos. Cuerpo que responde a una cabeza; cabeza que no puede pasarse del cuerpo. No hay nada que hacerle: para decirse "no" hay que saltar por encima de sí.

Esa es la inevitable oposición entre yo y el mundo, y entre yo y yo, eterna e insalvable, por lo demás. Pero justamente por eso es que debemos abrirnos a lo que nos niega, ya que la verdad no es verdad sino por el error que elimina, *transitoriamente y vuelve y juega*.

Pues algo hay siempre por entender: que la existencia del mundo es la existencia de la cuadratura del círculo, es decir, siempre más ancho, grande y complejo que el espacio limitado de nuestra cabeza: *transitoriamente y vuelve y juega*.

Así ha sido, así es y así será. Amééénnn.